

DE SALVADOR RUEDA A VICENTE ALEIXANDRE: UN VALS EN DOS TIEMPOS

En 1979 se ha celebrado en Viena el ciento cincuenta aniversario del «vals vienés». Para el Gobierno austríaco, 1829 fue su año de nacimiento (1). Sin embargo, en 1828, en España se declaraba (demasiado pronto, sin duda) fracasado el vals de Strauss: *Ultimamente se ha intentado aclimatar en nuestro salón de Oriente el wals de Strauss con sus rápidas transiciones, su estrépito y hasta sus desdichados pistoletazos; pero como era consiguiente, no ha podido subsistir. Este compositor popular exige, para dar vuelo a su fantasía, un espacio más dilatado, un movimiento más libre. La alfombra de los walses de Strauss es el verde tapiz de las orillas del Danubio; el ruido de sus pistoletazos quiere perderse naturalmente en la región de las nubes.* Lo que no podía saber el redactor del *Semanario Pintoresco Español*, escritor de tales líneas, es que la época dorada del vals vendría más tarde y que despertaría el delirio de la sociedad de finales de siglo. Puede afirmarse, sin duda, que dicho baile alcanzaría el valor de símbolo de esa misma sociedad, coincidente en España con la restauración monárquica y la pérdida no ya de las penúltimas colonias (lo menos importante), sino de la integridad moral de la nación.

Pero el vals será también símbolo de un concepto determinado de la relación amorosa basada en la ficción y el disimulo; la incontinencia del baile se enmarca en unos hábitos sociales de envaramiento y formalismo. Vicente Aleixandre lo entendió muy bien y supo criticar a esa sociedad decadente del fin de siglo a partir de su danza preferida. La crítica no se limita a una circunstancia social estricta, sino que es generalizable. El poema aleixandrino al que me refiero, el poema en el que se encierra dicha crítica, es uno de los más conocidos. Se trata de «El vals», sobre el que han escrito Dámaso Alonso, Barral, Gullón o Hatfeld. Yo mismo estudié pormeno-

(1) Inge Biederman: «El vals cumple ciento cincuenta años»; Suplemento dominical del diario madrileño *Ya*, 19 de agosto de 1979.

rizadamente el poema en el artículo «La palabra que estalla (a la vista): "El vals", de Aleixandre» (*Insula*, núms. 368-369).

Escrito en 1930, se dio a conocer en la famosa antología de Gerardo Diego (edición de 1932) el poema «El vals» y llamó pronto la atención. La revista *Héroe*, de Manuel Altolaguirre, en su primer número (abril de 1932), recoge un poema de Federico García Lorca titulado «Vals en las ramas», bajo cuyo título reza: *Homenaje a Vicente Aleixandre por su poema "El vals"*. Este poema se incluyó luego en *Poeta en Nueva York*, aunque sin la dedicatoria. No entro en el estudio de las variantes porque, como tantos poemas de ese libro lorquiano, presenta numerosos problemas y no es éste lugar para verlos. Interesa anotar que el «Vals en las ramas» y «Pequeño vals vienés» componen el apartado IX del libro, «Huida de Nueva York. Dos vales hacia la civilización», que, según la lista de ilustraciones previstas por García Lorca para el libro, y que reproduce Daniel Eisenberg (2), iría acompañado de una fotografía del mar. El mar es referencia habitual de los vales (recordemos *Sobre las olas*, de Rosas, o bien *Olas del Danubio*, de Ivanovici) y se manifiesta como metáfora de la libertad en el poema de Aleixandre. Además, en el «Pequeño vals vienés» dice García Lorca:

*Este vals, este vals, este vals,
de sí, de muerte y de coñac
que moja su cola en el mar.*

Junto a la referencia marina aparece la palabra *cola*, tan importante en el poema aleixandrino:

unas faldas largas hechas de colas de cocodrilos
.....
las colas de plomo casi vuelan, y el estrépito
.....

Poema famoso, pues, desde muy pronto, «El vals» es —según el propio Vicente Aleixandre (en conversación personal)— el primero que se escribiera sobre dicho baile.

Los comentaristas del poema, comenzando por el maestro Dámaso Alonso y terminando por mí mismo, han fijado el origen de «El vals» en una descripción crítica de los salones de baile de finales de siglo, según ya he apuntado. Sigo pensando que ello es así, pero tiene que serlo de modo mediato. El poeta no pudo conocer por sí mismo,

(2) Daniel Eisenberg: *«Poeta en Nueva York»: historia y problemas de un texto de Lorca*; Barcelona: Ariel, 1976, p. 165.

dada su edad, tales salones y no se ha traído aún a colación el que pudiera ser motivo directo de la escritura del poema. Aleixandre critica los salones de baile de mil novecientos para, a través de ellos, criticar la sociedad que los mantiene, el mundo que reflejan, la ideología que los justificaba y las demás expresiones artísticas de esa sociedad. Y todo por medio de la descripción surrealista de unos individuos que se preparan para bailar o que bailan. Pero ¿cuál pudo ser el elemento desencadenador de «El vals»?

Es sabido que, muy probablemente, fue Rubén Darío el primer poeta que leyera, al menos de forma pausada y profunda, Vicente Aleixandre. Dámaso Alonso actuó como introductor de embajadores, adentrando al futuro premio Nobel en el mundo de las relaciones poéticas. Leopoldo de Luis compara (3) el encuentro de Alonso y Aleixandre, en Las Navas del Marqués, durante el mes de julio de 1917, con aquel otro granadino que apuntalara nuestro Renacimiento. No han explicado los protagonistas el porqué de Rubén Darío. ¿Por qué motivo Dámaso Alonso le preguntó a Vicente Aleixandre si había leído a Rubén? El poeta nicaragüense había muerto el año anterior, pero *Cantos de vida y esperanza*, el último de sus libros importantes, data de 1906. La poesía de Juan Ramón Jiménez y la de Antonio Machado significaban, cada una a su modo, un paso más avanzado en la evolución de la poesía hispánica. *Laberinto*, de Juan Ramón, se publica en la Editorial Renacimiento en 1913, y *Estío* es de 1916. *Campos de Castilla*, de Antonio Machado, aparece en 1912, y la primera edición de *Poesías completas*, la editada por la Residencia de Estudiantes, es del mismo año 1917. Aunque este último libro no pudiera tenerlo aún Dámaso Alonso—no salió de imprenta hasta el día 11 de julio—es evidente que era un poeta, Machado, que interesaba en aquel momento a los jóvenes intelectuales de Madrid. En cualquier caso, parece que Dámaso Alonso no debió de elegir al modernista buscando la novedad, sino tal vez el prestigio consolidado e indiscutible.

Leamos al propio Vicente Aleixandre: *Ya tenía [Dámaso Alonso] a sus espaldas, mejor dicho, en su pecho, mucha lectura viva. «¿Te gusta Azorín?» «¿Has leído a Valle Inclán?» En 1917, un muchacho fervoroso de la literatura podía hacer estas preguntas, tenía justamente que hacerlas. Los descubrimientos de la adolescencia era ese el paisaje suscitador que encontraban el abrirse los ojos. «¿Qué piensas de Baroja?» «¡No me gusta nada Ricardo León!» Se avanzaba*

(3) Leopoldo de Luis: *Vida y obra de Vicente Aleixandre*; Madrid, Espasa-Calpe, 1978 (2.ª), pp. 86 y ss.

más y se llegaba entonces a su pasión recóndita: la poesía. «¿Has leído a Rubén Darío?» (4).

De esas líneas podemos suponer, como he dicho, que Dámaso Alonso quiso buscar un poeta de la misma generación que Azorín o Valle-Inclán, un poeta que fuera ya indiscutible. Dámaso Alonso diría treinta y tres años más tarde, al recibir a Vicente Aleixandre en la Real Academia Española, que *Rubén Darío ha sido, hoy lo sabemos perfectamente, uno de los máximos señores del ritmo castellano y quien más lo ha enriquecido entre todos los poetas recientes* (5). En cuanto a Ricardo León, algo más joven, sus obras completas se publicaban en 1915, en una edición «hecha por acuerdo del Consejo de Gobierno del Banco de España»; lo reciente de la fecha explica esta vez que fuese citado, aunque de modo negativo, durante la conversación entre los dos jóvenes.

La lectura de los poetas modernistas era necesaria para los nuevos poetas en el umbral de la entrada a los años veinte. Podían afirmarlos o negarlos, pero debían leerlos. ¿Y qué poesía hispánica contemporánea habían de leer, aunque fuese para criticarla, sino la de origen modernista? Naturalmente, las diferencias se hacían patentes en seguida. Si Rubén Darío podía considerarse como la cabeza iniciadora de la poesía contemporánea (y así lo hace Gerardo Diego en su *Poesía española. Antología (Contemporáneos)*, edición de 1934), otros poetas quedaban relegados en el interés de los poetas de la generación del veintisiete. El propio Gerardo Diego, en el prólogo a esa antología, hace una selección: *Rueda pertenece tanto al siglo XIX como al XX. Mejor dicho, es esencialmente un poeta del XIX que sobrevive en el XX. Rueda aparece formado con los datos esenciales de su personalidad antes que Darío, y él tuvo siempre buen cuidado de reivindicar esa prioridad indiscutible. El poeta malagueño figurará, pues, en el tomo correspondiente al siglo XIX* (6). Salvador Rueda fue, por lo tanto, uno de los modernistas relegados. Federico de Onís, en el prólogo de su *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, llega a decir que es un poeta poco o nada leído, olvidado y escasamente estimado, a pesar de los aplausos y coronaciones en los viajes que repetidamente ha hecho a los países hispanoamericanos en la última parte de su vida [...] Hay que reconocer, venciendo toda repugnancia, que los aciertos de Salvador Rueda son

(4) Vicente Aleixandre: *Los encuentros*; Madrid, Guadarrama, 1958, p. 94.

(5) Dámaso Alonso: «Aleixandre en la Academia». Cito por las *Obras Completas* de don Alonso, tomo IV, p. 806.

(6) Gerardo Diego: *Poesía española contemporánea*; Madrid, Taurus, 1974, p. 20 (se reeditan aquí las dos ediciones primeras de la famosa antología).

innumerables; que de su obra varia y multiforme ha surgido una influencia difusa que se encuentra por todas partes, y que es uno de los poetas más completos y espontáneamente originales de esta época (7). Conviene subrayar la expresión del crítico: «reconocer, venciendo toda repugnancia». Rueda estaba tan desacreditado, que los hombres del veintisiete lo consideraban repugnante o, al menos, les parecía repugnante hablar de él. Salvador Rueda debería ser, según el léxico de García Lorca y los jóvenes de la Residencia de Estudiantes, *putrefacto*.

Modernista relegado, sí, pero ¿cómo un poeta inquieto no iba a asomarse más de una vez a las páginas de los libros de Rueda? Vicente Aleixandre, sin confesarlo abiertamente—dada la *repugnancia sentida* (8)—, tendría entre sus manos muy posiblemente aquel tomo de *Poesías completas* que el poeta malagueño publicó en 1911. Además, Aleixandre debió verlo más de una vez por las calles de la capital mediterránea. Poca estimación crítica y recuerdo infantil dejaron su huella en un poema aleixandrino muy posterior a «El vals». Se trata de «El viejecito de verdad», que, con la indicación *Homenaje a Salvador Rueda*, figura en la sección «Poemas varios» de las *Obras completas* (pp. 1134-1135) de Vicente Aleixandre. La primera estrofa ya expresa la poca admiración que por él siente el autor:

*Salvador era un viejecito
bobalicón.
Pero no:
Salvador es un niño
listísimo
vestido de almidón.*

Y su poesía no le parece sincera, sino un puro entramado teatral:

*Asomado a la vida perra,
de ningún modo griego de nación,
Salvador en el patio hacía estatuas
en un finísimo cartón.*

(7) Federico de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*; Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1934, p. 95.

(8) Conviene, sin embargo, traer a colación unas palabras de José Luis Cano: *Recuerdo haber acompañado apenas cumplidos los quince años en alguna de estas visitas al viejecillo glorioso [S. Rueda], a ese grupo de poetas malagueños, que entonces eran la vanguardia y hacían la revista Litoral: José María Hinojosa, José María Souvirón, Manuel Altolaguirre. La distancia que separaba a esta nueva poesía—en gran parte surrealista ya—de las formas y modos poéticos del modernismo, del que Rueda había reivindicado ser el primer profeta en España, no impedía que aquellas visitas fueran siempre cordiales. Rueda, aunque no comprendiese gran cosa de aquella nueva aventura poética, animaba con sus palabras entusiastas a los jóvenes de Litoral, por parte de los cuales había—forzoso es reconocerlo—más piedad que admiración.* («Recuerdo malagueño de Salvador Rueda», en *Cuadernos de Literatura Contemporánea* núm. 7, Madrid, 1943, p. 82.)

Estas palabras tan duras se explican bien, recordando la expresión recalcada de Federico de Onís. Queda, eso sí, el sentimiento de cariño que nace de la contemplación de la simpática figura de un anciano:

*El viejecito de verdad, se ha muerto.
La flor que crece es de verdad.*

Salvador Rueda publicó en 1901 un libro titulado *El país del sol (España)* (9), en el que se incluye un poema denominado igual que el de Aleixandre: «El vals». Volvió Rueda a incluirlo en *Lenguas de fuego* (1908) y en *Poesías completas* (1911) (10). Si comparamos este poema de Rueda con el de idéntico título de Aleixandre, hallaremos una serie de semejanzas que conviene poner de manifiesto:

EL VALS

*No esclavos uno de otro, sí encadenados
con el amor del ritmo, ven y bailemos;
ya están nuestros dos cuerpos entrelazados;
con las alas del baile, vuela, giremos.*

*¿Qué ley rítmica y bella nos hace amantes?
mientras bailo, te adoro, mujer hermosa;
somos almas gemelas que van errantes
dentro de una carrera vertiginosa.*

*Como se enlaza un verso del otro verso
hasta formar la estrofa, cuanto palpita
se adhiere a la cadencia del Universo
y describe la eterna rueda infinita.*

*Unidos a esa marcha deslumbradora
que es el amor, la vida, vuela, giremos;
ahora está en nuestras frentes dando la aurora
y es justo que de rosas nos coronemos.*

*Nuestro pie va marcando las vueltas breves
contadas por latidos y por segundos;
¡en las alas del ritmo con ser tan leves
va el peso de los soles y de los mundos!*

*Con tu pecho apoyado sobre mi pecho,
miro pasar espejos, trajes, visiones,
arañas suspendidas del áureo techo
erizadas de ardientes constelaciones.*

(9) *El país del sol (España)*, Madrid, Imprenta de A. Marzo, 1901 (Col. Nuevos clásicos).

(10) *Lenguas de fuego*, Madrid, José Rueda, 1908. *Poesías Completas*, Barcelona: Maucci, 1911.